

## CAPÍTULO XV

Hernan Cortés celebra una junta de guerra.—Se resuelve el abandono de la ciudad.—Se emprende la salida.—Noche triste.—Terrible matanza.

1520. Los principales capitanes de Cortés y varios de los soldados á quienes por su capacidad se les daba lugar en las juntas, acudieron inmediatamente á la sala en que les esperaba el general. El jefe castellano les manifestó la resolucion que habia tomado de abandonar la ciudad, y les dijo que les habia llamado para que deliberasen sobre el tiempo y modo de verificar la salida.

Tratóse primero del punto por donde seria mas conveniente emprender la salida de la ciudad, y todos opinaron que debia verificarse por la calzada de Tlacopan (Tacuba). Era la única que no estaba destruida, y lle-



gando á ella, solo tenian que andar dos millas para poner el pié en la tierra firme. Cierta es que por allí era mas largo el camino para llegar á la república amiga de Tlaxcala; pero en cambio era probable que se hallase menos defendido.

No hubo la misma uniformidad de parecer respecto de la hora en que debia verificarse la salida. Unos opinaban que fuera de noche, y otros de dia. Apoyaban sus razones los primeros, en la costumbre observada por los ejércitos aztecas de no combatir despues de puesto el sol. Aprovechándose, por lo mismo, de la poca ó ninguna vigilancia que tenian durante la noche, podia el ejército, obrando con actividad y precaucion, atravesar las calles de la ciudad, y aun la calzada, antes de que los aztecas hubiesen advertido su movimiento. Fuera una vez de aquellos pasos, que eran los mas peligrosos, podrian retirarse mas fácilmente, deteniéndose en los puntos ventajosos que encontrasen en el camino, proveyéndose en ellos de los víveres necesarios.

Los que opinaban por que se verificase de dia la salida, decian que era la única manera de mantener la union y el buen concierto, en el caso de que fuesen sentidos y atacados. La noche, si acontecia la desgracia de ser sentidos, lo cual era muy fácil, daria á los mejicanos grandes ventajas, pues conocedores de la ciudad, de sus calles y de sus encrucijadas, les acometerian por donde menos eran esperados, introduciendo el desorden y la confusion. En caso de un conflicto, no podrian auxiliarse mutuamente, puesto que cada cual ignoraria á dónde debia acudir.

Hernan Cortés escuchaba las razones expuestas por unos y otros sin emitir su opinion, aunque interiormente se inclinaba al parecer de los primeros. La noche que puso fuego á centenares de casas de las próximas calles del cuartel, lo habia hecho sin ser sentido de sus contrarios; sin haber tenido ni un solo herido. Comprendia la fuerza de las razones de los que sostenian las ventajas que presentaba la luz del dia; pero confiaba en pasar los puntos peligrosos antes de que los mejicanos pudiesen acudir con sus numerosos escuadrones, que de noche descansaban. Acaso influia en afirmarle en aquel parecer, la opinion emitida, hacia cuatro dias, por un soldado llamado Botello, hombre dedicado á la nigromancia, en la que habia adquirido bastante celebridad en el ejército, por haber vaticinado varios sucesos que por casualidad se realizaron. Segun el profético sentir del nigromántico, la salida debia verificarse aquella misma noche. Dijo que habia consultado la posicion de ciertos astros, y que era segura la muerte de todos si se emprendia la salida antes de que apareciese la luz del nuevo dia. Era Botello, segun dice Bernal Diaz, persona honrada y de talento; poseia el latin, y habia viajado por Roma, donde estuvo algun tiempo (1).

Hernan Cortés, bien porque no estuviese exento de la

(1) «Y demás desto estaba, con nosotros, un soldado que se decia Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y habia estado en Roma, y decian que era nigromántico, otros decian que tenia familiar, algunos le llamaban astrólogo; y este Botello habia dicho cuatro dias habia, que hallaba por sus suertes y astrologias, que si aquella noche que venia no saliamos de Méjico, y si mas aguardábamos, que ningun soldado podria salir con la vida.»—Bernal Diaz del Castillo.



preocupacion general de la época en que vivia, ó bien porque juzgando favorable la oscuridad quisiese infundir confianza en los soldados eligiendo la hora que habia recomendado el vaticinador, determinó abandonar la ciudad aquella misma noche.

Resuelta la salida, mandó Cortés sacar todo el oro y joyas que estaban guardados en una pieza, donde se hallaba así lo perteneciente á la corona como al ejército. Cuidadoso de salvar el quinto que le correspondia al soberano, lo entregó á los oficiales de Su Majestad, dando las cabalgaduras necesarias para conducirlo. Todas las demás riquezas que constituian el tesoro, quedaban abandonadas por carecer de medios de transporte. El oro, la plata, las piedras preciosas y las ricas alhajas que habian sido buscadas como el premio de las fatigas y de los peligros, quedaban esparcidas en el suelo como despreciables objetos sin valor. Hernan Cortés, viendo que los ojos de algunos soldados se fijaban con interés en aquellos deslumbrantes montones de oro, que era preciso dejar abandonados, dijo á los oficiales y á la tropa que podian tomar lo que gustasen; pero les aconsejó que no llevasen mas que aquello que no les pudiese estorbar el manejo de las armas ni la fácil marcha.

Los soldados que habian pertenecido á Narvaez, aprovechando la licencia, pero sin atender al consejo, tomaron cuanto les era posible llevar. No sucedió lo mismo con los veteranos de Cortés. Sabian las dificultades que presentaban las luchas con los indios, y lo necesario que era estar ligero y expedito para acudir á todas partes con la velocidad del rayo. No faltaron algunos, sin

embargo, que imitaron á los de Narvaez; pero fueron muy pocos. La mayor parte se contentó con tomar algunas piecitas de poco peso, aunque de estimacion entre los nativos, con el fin único de proporcionarse el preciso alimento. Bernal Diaz, cauto como sus antiguos compañeros, que, como él dice, «no codiciaba el oro, sino salvar la vida, porque la tenian en gran peligro», solo tomó cuatro piedras *chalchihuis*, que las colocó fácilmente dentro del peto (1).

Entregado el quinto de la corona á los empleados reales, Hernan Cortés dispuso el orden en que debia marcharse. Dió la vanguardia, que constaba de doscientos infantes y veinte de caballería, al cumplido caballero Gonzalo de Sandóval, Francisco de Acevedo, Diego de Ordaz, Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y á otros distinguidos capitanes. Del centro se hizo cargo el mismo Cortés, con quien marchaban Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid, Bernardino Vazquez de Tapia, algunos oficiales mas y una fuerza igual de infantería á la de la vanguardia. La retaguardia se confió á Juan Velazquez de Leon y Pedro de Alvarado. Llevaban á sus órdenes cien soldados de los antiguos veteranos, y el resto de los de Narvaez. Las tropas tlaxcaltecas fueron repartidas, en igual número, en los tres cuerpos del ejército, así como las de Cholula y las de Cempoala.

(1) Muchos soldados de los de Narvaez, y aun algunos de los nuestros, cargaron dello. Yo digo que nunca tuve codicia del oro, sino procurar salvar la vida, porque la teniamos en gran peligro; mas no dejé de apañar de una petaquilla que allí estaba, cuatro chalchihuis, que son piedras muy apreciadas entre los indios.» —Bernal Diaz.



De la gente que conducía el puente volante, así como de la colocación de éste, iba encargado un oficial llamado Magarino.

Los caciques y señores que tenía presos Hernán Cortés, entre los cuales se contaban el destronado rey de Texcoco Cacamatzin, el señor de Tlatelolco y otros jefes principales, fueron colocados en las últimas filas del centro, lo mismo que un hijo y dos hijas de Moctezuma, que habían vivido con él durante su permanencia en los cuarteles (1).

Era cerca de la media noche del 8 de Julio de 1520, cuando el ejército español, después de encomendarse á Dios y pedirle su protección, emprendió silenciosamente su marcha (2).

(1) «Me salí lo más secreto que pude, sacando conmigo un hijo y dos hijas del dicho Moctezuma, y á Cacamatzin, señor de Aculuacan; y al otro su hermano, que yo había puesto en su lugar, y á otros señores de provincias y ciudades que allí tenía presos.»—Segunda carta de Cortés.

(2) Bernal Díaz dice que fué la salida el 10 de Julio. «E fué nuestra salida huyendo el 10 de Julio»; pero como luego pone que la batalla de Otumba se dió el 14 del mismo mes, y desde Méjico al sitio del combate tardaron seis días, según se ve por la relación de Cortés, debe suponerse que el editor puso 10 en lugar de 8. El Sr. Clavijero, Prescott y algunos otros, creen que la salida fué el 1.º del expresado mes, fundándose en que Hernán Cortés dice en su segunda carta que el 8 llegaron á territorio tlaxcalteca. Pero según mi creencia, el error está en la edición hecha de las cartas, pues respecto de números, los editores los trastornaron varias veces. Ya hemos visto que al hablar de la fuerza que dejó con Alvarado en los cuarteles al ir á batir á Narvaez, pone que ascendía á 500 hombres, esto es, á más de lo que era todo el ejército, siendo así que Cortés puso 140. Hay razones para creer que la salida no fué antes del día 8. La entrada de Cortés en Méjico después del triunfo sobre Narvaez, fué el 24 de Junio: al siguiente día empezaron los ataques, que duraron hasta la noche del 26. Ésta y el 27 se ocuparon en hacer las máquinas, sin salir de los cuarteles. Moctezuma se presentó al pueblo en ese mismo día 27, si queremos llevar sin descanso los acontecimientos: murió, según dice Cortés, á los tres días; esto es, el 30, ó el 1.º de Julio. Después de los fune-

Ocho meses hacia que había ocupado, lleno de risueñas ilusiones, aquellos cuarteles, de donde entonces salía fugitivo, silencioso y abandonando los tesoros adquiridos á costa de imponderables privaciones, peligros y trabajos.

La noche estaba oscura y lluviosa. Las azoteas de los edificios, los terrados del alto templo que se destacaba junto á los cuarteles como un fantasma fatídico, la plaza y las calles se hallaban sin un solo centinela azteca. No esperaban los mejicanos que el enemigo abandonase los cuarteles en medio de la lluvia y de la oscuridad, y se habían puesto al abrigo del agua.

El principio se presentaba favorable, y los españoles y los aliados se iban alejando sin ser sentidos de sus contrarios. Sin pronunciar una palabra y acelerando el paso, tomaron la calle de Tacuba, teatro, hacia dos días, de sangrientos y terribles encuentros. Los soldados que marchaban de descubierta, dirigían la vista á todas par-

rales, siguieron varios días de combates, según se desprende así de las cartas de Cortés y de la historia de Bernal Díaz. Las fechas puestas por éste, están todas de acuerdo, y por ellas se ve que la salida no fué antes del día 8. Cuando habla del combate en que se estrenaron las máquinas de guerra, dice: «Si siempre muy bravamente habían peleado los dos días pasados.» Luego esa acción, estando aun en los cuarteles, fué el día 6 de Julio, dos antes de salir. Podía haber equivocación en una fecha; pero cuando todas armonizan, no se puede dudar de ellas. Solamente la construcción de las máquinas de guerra, debieron ocuparles varios días, atendido su trabajo, los pocos carpinteros que tenían y la necesidad de estar combatiendo. «Por algunos días, dice Prescott, empleáronse sus operarios en construir unas máquinas de guerra.» Habiéndolas, pues, empezado el 27, no pudieron estar acabadas en menos de tres ó cuatro días, esto es, el 30 de Junio ó 1.º de Julio; y como después de terminadas siguieron todavía muchos días de combate y de estar á miserable ración de maíz, resulta que la salida debió ser el 8 de Julio.



tes, para ver si descubrian alguna avanzada enemiga ó algunos vigilantes colocados entre las casas situadas entre los canales que orillaban el rumbo que seguian. Todo era soledad; y cuando creian percibir entre los edificios el bulto de un espía que observaba los movimientos del ejército, no encontraban al acercarse mas que un trozo de viga ennegrecido, perteneciente á una de las muchas casas que el fuego habia destruido.

La ciudad se hallaba entregada al sueño. Nada interrumpia el silencio que en ella reinaba, sino el imperceptible ruido producido por la pisada del descalzo tlaxcalteca y la ligera alpargata del soldado español, no sobre un piso empedrado, sino de blanda tierra. La artillería, llevada en hombros de los indios, y los caballos pisando en terreno fangoso, no producian mas ruido que la infantería, y aun ese leve ruido quedaba ahogado por el que producía la abundante lluvia que sin cesar caía.

Siempre apercebidos para el combate, sin despegar los labios y con las precauciones del que combate con un enemigo astuto, caminaron sin tropiezo hasta el sitio que hoy lleva el nombre de Puente de la Mariscala, donde se hallaba la primera cortadura. La calle estaba solitaria, y los españoles colocaron su puente portátil sin ser molestados. La lluvia continuaba, y esto acaso hacia que los mejicanos no vigilasen los puentes que tenian cortados. La vanguardia, con su valiente capitán Gonzalo de Sandoval, pasó, continuando su marcha lentamente para no separarse mucho del resto del ejército y avanzar con el mismo silencio. Siguió Cortés con su división del centro, y por último empezó á pasar la retaguardia.

En aquellos momentos se escuchó el sonido de algunos caracoles marinos y de otros instrumentos de guerra, llamando á las armas á los aztecas.

Los españoles habian sido descubiertos. Algunos indios que cruzaban en una canoa á corta distancia, corrieron á dar el grito de alarma. Los sacerdotes, saliendo al átrio superior de los *teocallis*, unian el tañido de sus trompetas á los de los caracoles marinos de los guerreros. Pronto se vieron los españoles acometidos por agua y tierra por numerosos escuadrones aztecas, que lanzaron sobre sus contrarios una tempestad de piedras y de flechas, en medio de horribles alaridos. Agobiados los castellanos por la multitud de contrarios que desde las Canoas y la calle les combatian, se afanaban por pasar el puente, sin poder hacer uso de sus armas para defenderse. Los mejicanos, para quitarles todo punto de salvación, cargaron en prodigioso número á levantar el puente, hiriendo y matando á los pocos de la tercera división que habian pasado. Quisieron algunos jinetes ir en auxilio de los compañeros que defendian el paso; pero resbalando los caballos en las mojadas tablas, cayeron al canal con los jinetes, tirando el puente, que fué quitado en el acto por los indios (1). El terror se apoderó entonces de los que no habian pasado. Todos procuraban ser los primeros en ganar la orilla, y se arrojaban al agua unos tras otros, en horrible confusión, ahogándose

(1) «Como llovia, resbalaron los caballos y se espantaron, y caen en la laguna, y la puente caída y quitada.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*, cap. CXXVIII.